

Nuevos cadetes, nuevos ciudadanos.

Análisis de un ritual de investidura en el Ejército Argentino

Máximo Badaró¹

Introducción

El Colegio Militar de la Nación (CMN) es la única academia de formación inicial de oficiales del Ejército Argentino.² Tras una preparación de cuatro años, los/as egresados/as obtienen el grado militar de subteniente y un título universitario de licenciatura. Cuando ingresan, los novatos atraviesan un intenso período de dos semanas de instrucción militar básica, llamado “semanas de adaptación”. Al finalizar este lapso, comienzan las clases de formación universitaria y “teórico-militar”.

Durante los primeros meses de entrenamiento, los novatos llevan informalmente el apodo de “bípedos”. La transformación simbólica de los “bípedos” en cadetes se completa en la ceremonia de investidura, en la cual reciben el uniforme del CMN y una réplica del sable del general San Martín. A partir de ese momento, los principiantes cambian la vestimenta que utilizan en las ceremonias militares y las salidas de los días francos: dejan de lucir un traje negro o gris y comienzan a usar el uniforme del CMN y la réplica del sable. Uniforme y sable son los referentes materiales y simbólicos que permiten a los novatos presentarse como cadetes del CMN, tanto frente a sus camaradas y otros integrantes del Ejército, como al conjunto de la sociedad.

Durante más de 50 años en el transcurso del siglo XX, el Ejército Argentino ha utilizado la figura del cadete del CMN como un importante símbolo político y moral. La construcción de esta imagen tiene su principal origen en el golpe de Estado que derrocó al gobierno de Hipólito Yrigoyen en 1930: el CMN fue una de las pocas unidades militares que participó activamente en su ejecución. Los cadetes no solo intervinieron en el golpe (dos de ellos murieron y muchos otros resultaron heridos), sino que también asistieron como invitados especiales al juramento del general Uriburu como presidente

¹ Doctor en Antropología Social (EHESS-París). Investigador y docente del IDAES-UNSAM. Becario posdoctoral del CONICET.

² El presente trabajo forma parte de un capítulo de mi tesis de doctorado. Fue presentado en el 8^{vo} Congreso Argentino de Antropología Social (Salta, 2006) y en el Centro de Investigaciones Etnográficas de la UNSAM (octubre 2006). Agradezco los comentarios y sugerencias de las personas que participaron en esos encuentros. Este trabajo fue redactado en el marco del proyecto “La Argentina contemporánea: transformaciones recientes en las esferas económica, política, social y cultural” (IDAES-UNSAM).

de la Nación. Estos acontecimientos otorgaron a los cadetes una gran visibilidad pública y una novedosa relevancia política, como así también contribuyeron a transformar a la carrera militar en una importante opción de movilidad social, sobre todo para los sectores medios de origen inmigrante que habían sido seriamente afectados por la crisis económica de 1929.

Así, a partir de 1930, la figura del cadete del CMN estuvo llamada a condensar en forma arquetípica los valores que el Ejército pretendía representar como institución ante la sociedad: patriotismo, esencia de nacionalidad y pureza moral.

Tanto el Ejército como las diferentes autoridades políticas que se sucedieron desde 1930 en el gobierno nacional, encontraron en los cadetes del CMN un símbolo emblemático para representar estos valores en ceremonias militares y actos oficiales. Tal es el caso de los actos más importantes del CMN, que eran reseñados en diarios y revistas semanales y en los noticieros emitidos en las salas cinematográficas.

Los cadetes también han sido utilizados con fines simbólico-políticos en momentos históricos diversos; por ejemplo, fueron cadetes del CMN quienes custodiaron el ataúd de Evita durante su largo y concurrido sepelio. Del mismo modo, fueron cadetes quienes entregaron simbólicamente el mando al general Lonardi después del golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955.

La juventud funciona como una metáfora de cambio y continuidad (Passerini, 1996). En tanto integrantes de una institución considerada como “la cuna” del Ejército, los cadetes del CMN permiten, con su presencia, transformar momentos como los golpes de Estado o las asunciones de mando en actos fundacionales que transmutan lo viejo en novedad y proyecto de futuro.

Durante los años 60 y 70, las autoridades del Ejército reforzaron en sus discursos y documentos la dimensión moral y religiosa de la figura del cadete del CMN, transformándolo en “baluarte de argentinidad” y “cristiandad”, y en emblema masculino de “juventud” y “patriotismo”. Las ceremonias de investidura de nuevos cadetes o de egreso de nuevos subtenientes han sido rituales en los que el Ejército celebraba públicamente su reproducción moral, lo cual también suponía el reforzamiento de su fuerza política. Los nuevos cadetes y subtenientes significaban la regeneración y la continuidad de una institución que se presentaba ante la sociedad como la “reserva moral de la Nación”.

Las imágenes de excepcionalidad moral que el Ejército y diversos sectores de la sociedad asociaban a la figura de los cadetes, permanecieron sin grandes cambios hasta el fin de la última dictadura militar en 1983.

La transición a la democracia significó una considerable retracción de la presencia, influencia y penetración del Ejército en espacios de poder político, económico y social en el nivel nacional y local (Pion-Berlín, 1996; Diamint, 1999). Asimismo, “la construcción ritual de la realidad política” (Kertzer, 1988) se alejó progresivamente del repertorio de símbolos e imágenes militares que la había caracterizado durante más de medio siglo. Si bien no hay estudios detallados al respecto, al menos en las grandes ciudades se observa una creciente desmilitarización simbólica del espacio público, marcada, por ejemplo, por la tendencia de los militares a no utilizar el uniforme o a reducir la cantidad de desfiles y ceremonias fuera de las unidades militares.

En la actualidad, la figura del cadete del CMN ha perdido el marco político, simbólico y social que contribuía a valorizarla públicamente. Las ceremonias de investidura de nuevos cadetes o el egreso de nuevos subtenientes carecen de la atención mediática y de la relevancia política y social que tuvieron hasta mediados de los años 80. La presencia de cadetes del CMN en desfiles militares y actos públicos es cada vez menor, como así también es menor la cantidad de gente y personalidades públicas que asisten a las ceremonias internas.

La identidad de cadete del CMN, otrora emblema de prestigio, se encuentra actualmente inmersa en un proceso de crisis de su legitimidad social y de transformación de sus significados institucionales. En el contexto democrático actual, esta crisis se manifiesta en las tentativas de las autoridades militares por construir y transmitir a los nuevos integrantes del Ejército significados unificadores sobre la identidad militar.

Para las instituciones, militares la unidad es un valor moral central que implica la constante búsqueda de un sentido totalizador que permita englobar los sentimientos y las identidades individuales de sus integrantes. Como indicaba Durkheim (1998: VXII), esta búsqueda de “algo que trasciende el individuo [...] es la fuente misma de toda actividad moral”. Si bien la teoría antropológica ya ha llamado la atención sobre los riesgos de asignar una moralidad específica a grupos sociales determinados, y ha mostrado las diferentes moralidades que intervienen en la conformación de las identidades sociales (Howell, 1997), esto no invalida el hecho de que la búsqueda de

una moralidad específica constituya una dimensión central de los modos a través de los cuales los grupos elaboran en términos simbólicos y prácticos una identidad colectiva y se piensan como una totalidad particular. Aunque es evidente que las instituciones sociales no son universos armoniosos, homogéneos, aislados, para muchas de ellas, sobre todo para el Ejército, la búsqueda de la cohesión, la homogeneidad y la autonomía es una dimensión constitutiva de sus prácticas y de su “actividad moral” cotidiana.

Si, como sugiere Abélès (1997: 114), es necesario considerar a las instituciones como “procesos en acto” y preguntarse por lo se “produce” cotidianamente en ellas, en el caso del CMN esta “producción” se encuentra orientada a la socialización de individuos que puedan encarnar otra cosa que ellos mismos y representar al Ejército como una comunidad moral diferente del resto de los integrantes de la sociedad. Es esta “producción” de un “orden de sentido” institucional (Descombes, 1996) la que entra en crisis en contextos de transformaciones como el que atraviesa el Ejército Argentino desde hace más de diez años.

Para acceder al conocimiento de esta “actividad moral” es necesario explorar:

“Cómo, a partir de las prácticas y los discursos de sus representantes, la institución construye su territorio, *performa* actividades y en función de las ideas que genera, define un espacio político” (Bellier, 1997: 130).

El CMN puede considerarse como un espacio político, puesto que se trata de una institución directamente ligada a la producción de formas de concebir, representar y ejercer el poder. El Ejército es un entramado de relaciones sociales en el cual y a través del cual se elaboran identidades y se negocian vínculos de poder con el Estado y la sociedad.

En la actualidad, el Ejército atraviesa un proceso transformaciones que se manifiesta en forma particular en la socialización militar de los cadetes del CMN. Este proceso posee como características internas salientes una importante modificación de los programas de estudio, la redefinición de los criterios de autoridad y disciplina y la incorporación de mujeres a la carrera de oficial. Estos aspectos, junto a dimensiones estructurales de la sociedad y de la relación del Ejército con el Estado y los gobiernos civiles desde la transición a la democracia, han introducido tensiones en la construcción simbólica de la identidad militar. ¿Cómo construir y transmitir sentidos unificadores y legitimados

sobre la identidad militar en tiempos de cambios institucionales? ¿Qué valores, prácticas, símbolos y categorías conceptuales utiliza actualmente el Ejército en la construcción de significados de la identidad militar? Exploraré estas preguntas a partir de un análisis etnográfico del ritual de investidura de nuevos cadetes que observé en el CMN en el año 2003.³

Ceremonia de investidura

La preparación del ritual

El viernes 6 de junio de 2003 concurrí al CMN, alrededor de las tres de la tarde, para observar los preparativos de la ceremonia que se realizaría al día siguiente. Al llegar, noté que todos los cadetes de primer año estaban formados en el Patio de Honor, junto a los oficiales que iban a intervenir en el acto, el locutor oficial del CMN y algunos cadetes de tercer y cuarto año que colaborarían durante el ensayo como reemplazantes de los familiares de sus compañeros de primer año. Los cadetes y los oficiales vestían el “uniforme de combate” (diseño de camuflaje) y portaban algunos elementos del uniforme que usarían al día siguiente: la gorra, el cinto y el lazo en donde colocarían el sable. Como el proceso ritual de investidura todavía no estaba consumado, los novatos no podían portar el uniforme completo.

El director y el subdirector del CMN, ambos vestidos con el uniforme de combate, observaban los ensayos desde las galerías del primer piso. Los cadetes que serían investidos practicaban y corregían la secuencia de acciones involucradas en el acto de recibir el sable: desfilar, pararse, acercarse a la persona que lo entrega, recibirlo, ponerlo en el lazo que cuelga del cinturón del uniforme, darse vuelta y regresar a las sillas con paso de desfile. Había ocho grupos de alrededor de 40 cadetes cada uno, formados de acuerdo a la estatura: los más bajos en la primera fila y los más altos en la última.

Así, más de trescientos novatos seguían las indicaciones que pronunciaba desde un micrófono el subdirector:

³ Realicé el trabajo de campo en el CMN entre fines de 2002 y mediados de 2004.

“La investidura es un momento de afecto, íntimo, con el ser querido que los está armando. Disfrútenlo.”
“La investidura es un momento trascendente.”
“Es un momento deseado.”
“Mañana es un día muy feliz en sus vidas.”
“Tener en cuenta aspectos del orden cerrado.”
“El canto es una expresión del espíritu militar y no una mera formalidad.”
“Recuerden que cada uno de los cadetes tiene una gran cantidad de ojos que están fijos en él.”

Estas indicaciones evocaban algunas de las características fundamentales de los rituales: la presencia de una audiencia (“los ojos” que los estarían mirando), la activación de emociones, la comunicación de mensajes a través de medios específicos, la existencia de un “guión” (normas y prescripciones formales e informales) que regula el desarrollo de la ceremonia, y de un orden moral y trascendental en el que se inscribe y en referencia al cual se legitima la misma. El Ejército, por su parte, estaría encargado de officiar como director de este “guión”, y de inscribir la ceremonia en un orden espacial, temporal y simbólico particular.

El día de la ceremonia

Al día siguiente, el sábado 7 de junio, llegué al CMN alrededor de las diez de la mañana. En el tren que me llevaba a El Palomar viajaba mucha gente vestida de fiesta, como si estuviera yendo a un casamiento o un bautismo. Esas personas descendieron en la misma estación que yo y, como era de esperar, se dirigieron al CMN; en el arco de entrada del mismo se encontraban una cadete y un par de oficiales, vestidos con uniforme de gala, que recibían a los automóviles que arribaban. Al cruzar el arco, unos soldados me indicaron que un micro llevaría a los recién llegados hasta el lugar de la ceremonia. No estaba permitido ir caminando hacia el edificio.

Subí al colectivo verde que esperaba estacionado junto al arco de entrada y, en menos de cinco minutos, ya me encontraba frente a la entrada del lugar más importante de todo el CMN: el Patio de Honor. Allí había grupos cadetes de cuarto año que recibían y orientaban a las personas.

Cuando entré al Patio de Honor advertí que sus dos pisos ya estaban casi colmados, ocupados por la gente que había asistido para observar la ceremonia. Los cadetes de primer año se encontraban en un patio del edificio ensayando el paso y el desfile que

realizarían minutos más tarde. Las personas que iban a entregar los sables a los novatos todavía no se habían ubicado en los lugares que les habían asignado las autoridades del CMN; muchos traían cámaras fotográficas y filmadoras. También había algunos cadetes de segundo, tercer y cuarto año recorriendo los pisos e informando a los visitantes.

El Patio de Honor es un suntuoso salón rectangular rodeado de arcadas que lindan con una galería. La escenografía central de la ceremonia era la siguiente: ubicada en el centro, junto a una de las paredes laterales, había una tarima de cuatro niveles forrada con pana roja, en la que generalmente se ubican (siguiendo un estricto orden jerárquico) las autoridades militares y los invitados especiales que asisten a las ceremonias; detrás de la tarima, una pared también recubierta de pana roja, desde la cual colgaba una inmensa bandera argentina y los escudos del CMN y del Ejército. Al costado derecho del palco, había un espacio de alrededor de diez metros utilizado para la entrada de estas autoridades. Un poco más a la derecha estaban las sillas asignadas para las personas que entregarían los sables a los novatos; los mismos permanecían dentro de una mesa especial colocada entre el palco y estas sillas. Al costado izquierdo del palco, había otro grupo de sillas destinado, en primer término, a los profesores del CMN, al personal civil y, en último lugar, a familiares cercanos a los novatos. El resto de los asistentes se ubicaría en las galerías de los dos pisos que rodean al Patio de Honor. La banda musical, por su parte, se encontraba en el primer piso, en el lateral opuesto al palco.

Las distinciones jerárquicas se hallaban inscriptas en los espacios, los colores y las alturas; los niveles de la tarima, por ejemplo, estaban ubicados alrededor de 50 centímetros de altura del piso; esto generaba una clara diferencia entre las personas que se sentaban en el palco (los oficiales) y aquellas que se ubicaban en las sillas a la altura del suelo; a su vez, esta diferencia se veía reforzada por el terciopelo rojo con el que estaba revestido el palco, que contrastaba considerablemente con la simplicidad de las sillas de aula asignadas a los familiares de los cadetes investidos. De igual modo, el grupo de sillas ubicado a la derecha del palco estaba rodeado por un cordón rojo que delimitaba de manera notoria el lugar en donde debían permanecer los familiares hasta el momento de la entrega de los sables. Por otra parte, frente al palco y a los grupos de sillas había una larga alfombra roja que atravesaba casi todo el largo del Patio de Honor y establecía una clara división entre el espacio asignado a los oficiales y a los familiares, y el sitio de los novatos, quienes se formarían del otro lado de la alfombra.

Marcando el paso y vistiendo por primera vez en público el uniforme del CMN, los novatos ingresaron al Patio de Honor alrededor de 15 minutos después de mi llegada.

Las personas que estaban en las galerías de los pisos intentaban identificar a los cadetes. Una joven que buscaba a su novio entre ellos, decía sonriendo:

—Son todos iguales.

Una señora le comentaba a otra: —¡Ahí está! El de la segunda fila. No... no, no es él. ¿Dónde está?

Durante la ceremonia escuché muchas veces comentarios que resaltaban la homogeneidad del grupo de cadetes: los mismos cortes de cabello, las mismas posturas, las mismas expresiones faciales, los mismos uniformes. Padres, madres, novias y novios, familiares y amigos de los/as novatos/as se mostraban sorprendidos de que el proceso de transformación de los jóvenes en cadetes se hubiera consumado al punto de no poder reconocer visualmente a sus hijos/as, novios/as, amigos/as.

Como ocurre en otros contextos sociales, los rituales de iniciación siempre acarrearán algún tipo de transformación corporal, de imagen o de apariencia.

Los cadetes se formaron y se alinearon. El jefe del “Cuerpo de Cadetes” se acercó al micrófono y los “presentó” al subdirector del CMN:

—Cadetes de Colegio Militar de la Nación, al subdirector del Instituto...firrrr...més.

Los cadetes se pusieron “firmes”. El subdirector apareció por uno de los arcos de ingreso al Patio de Honor, se acercó al micrófono y dijo:

—Cadetes del Colegio Militar de la Nación, ¡buéeee nosdías!

Los cadetes aguardaron unos segundos y luego respondieron con un enérgico y unísono:

—¡Buenosdíasmicoronel!

Todos los movimientos protocolares eran anunciados desde un micrófono por el locutor oficial del CMN: “Los cadetes serán presentados a...”, “el subdirector hará su ingreso...”.

En el Patio de Honor había tres micrófonos ubicados de acuerdo con las jerarquías de los oficiales y las personas que los utilizarían: uno de ellos se encontraba en el centro de la tarima, desde donde hablaría la mayor autoridad militar presente en la ceremonia; otro, debajo de la misma, a uno de sus costados y pocos metros detrás, desde donde haría uso de la palabra el subdirector y el jefe de Cuerpo de Cadetes; y, finalmente,

detrás de este último micrófono, se hallaba aquel que utilizaba el locutor para anunciar cada uno de los pasos del desarrollo de la ceremonia.

Después del saludo del subdirector, el locutor anunció:

—Acto seguido, hace ingreso la bandera de guerra del Colegio Militar de la Nación.

El abanderado era un cadete de cuarto año.

Después del ingreso de la bandera de guerra, se completó la mayor parte del palco central. Había cuatro líneas de sillas; en la última, se ubicaron algunos oficiales del CMN y los cadetes extranjeros invitados; en la tercera, había militares retirados que trabajan como profesores del CMN y otros oficiales; en la segunda línea, se hallaban agregados militares extranjeros y oficiales retirados, entre los que reconocí al General (R) Roberto M. Levingston, ex presidente de facto de la Argentina entre 1970 y 1971. En la primera línea de sillas (que en este caso se trataba de confortables sillones de cuero marrón) estaban sentados el obispo castrense y algunos oficiales superiores del Estado Mayor. Los asientos del director del CMN y del subjefe del Estado Mayor del Ejército estaban ubicados en el centro de esta primera línea y permanecían vacíos.

En un momento dado, el locutor anunció “el ingreso del director del Colegio Militar de la Nación”, quien entró inmediatamente acompañado por su ayudante, que lo seguía a un par de metros de distancia. El director vestía el uniforme del CMN y una banda que cruzaba su pecho con los colores de la bandera argentina. Cuando se acercó al micrófono que se encontraba junto al palco, se produjo un gran silencio en todo el recinto.

El director se paró frente al micrófono, aguardó unos segundos y luego dijo:

—Cuerpo de Cadetes del Colegio Militar de la Nación, ¡buéeee nosdías!

Los cadetes de primer año esperaron un par de segundos y respondieron al unísono:

—¡Buenosdíasmigeneral!

Luego, el locutor anunció la entrada del subjefe del Estado Mayor del Ejército, el general Chretien, quien caminando sobre la alfombra roja, pasó revista a los novatos, acompañado por el director del CMN; cuando terminó, subió al palco y saludó a los cadetes desde el micrófono central. Para ese momento, la primera línea de sillones del palco ya estaba completa.

El locutor indicó entonces que “se va a cantar el Himno Nacional”. La banda musical del CMN empezó a tocar y todos los oficiales y militares en actividad que estaban en el

Patio de Honor hicieron el “saludo uno” mientras se entonaban las estrofas de la canción patria. Los cadetes cantaban abriendo la boca, casi gritando. Al finalizar, el locutor informó del ingreso del “sable del Padre de la Patria”, llevado por tres granaderos que caminaban al compás de un tambor tocado por un granadero que marcaba el paso.

Luego, una nueva intervención del locutor señaló que “el director pronunciará un discurso”. Estos son algunos fragmentos del mismo:

“El Colegio Militar de la Nación forma hoy para celebrar uno de los momentos más trascendentes en la vida del Instituto: la investidura militar de sus nuevos cadetes [...] El uniforme que los distingue ante la sociedad como cadetes del Colegio Militar y como ciudadanos calificados simboliza las glorias de nuestra Nación y por ello vestirlo es un honor y un compromiso con aquellos que lucharon y murieron por la Patria [...] El arma que llevarán es la réplica del sable del general San Martín, que hoy es testigo de este acto glorioso, empuñado por la mano más firme [...] Este sable, atributo del mando al que aspiran y para el cual se preparan, les será entregado por sus seres queridos, que representan a la comunidad argentina, porque es ella quien los arma, es ella quien los integra al Ejército y es ella quien los sostiene y los apoya [...] La bendición de Dios sobre estas armas agrega a todos los compromisos el de la significación divina, indispensable en la profesión que han elegido, para consagrarse al servicio de la República [...] Mi agradecimiento a los familiares de los cadetes, porque ellos son los protagonistas esenciales en la tarea que realiza el Instituto. Sólo con su comprensión y apoyo nos es posible completar la formación de los futuros oficiales. Armen confiados a sus hijos, porque el sable que les entregarán es símbolo de la autoridad militar, que no será jamás utilizada para satisfacción personal, sino en beneficio de la Nación, a cuyo servicio quedan ellos comprometidos de hoy en más [...] Cadetes: ustedes son el futuro del Ejército Argentino, luzcan con orgullo, con dignidad y decoro este uniforme que les entrega la Nación; Dios Nuestro Señor ilumine y les dé fuerzas para velar los sagrados intereses de la Patria [...]”.⁴

Cuando el director del CMN terminó su discurso, el locutor anunció: “Acto seguido, el capellán del Colegio Militar de la Nación procederá a bendecir los sables que recibirán los cadetes”.

El capellán se acercó a un púlpito ubicado en uno de los ángulos de la tarima, leyó un discurso y bendijo los sables. Luego, el locutor comunicó que comenzaría el traspaso de los mismos.

⁴ Fragmentos extraídos del discurso completo publicado en la página de intranet del CMN y cotejados con mi propia grabación de aquel día.

La entrega se desarrollaba del siguiente modo: a medida que era llamada por el locutor, una línea de cinco cadetes se levantaba de las sillas y comenzaba a caminar, todos al mismo tiempo y manteniendo el paso militar, en dirección de la alfombra roja; lo mismo hacían las personas que iban a entregar el sable. Al igual que ellas, los cadetes estaban sentados según el orden en que recibirían el arma. La alfombra roja marcaba en el piso el límite de ubicación que debían tomar cada uno de los actores que intervenían en la entrega; cada cadete se colocaba en el borde de la misma, frente a la persona que, parada del otro lado, iba entregarle el sable.

Los primeros en recibirlo fueron los cadetes de Bolivia y Paraguay que estudian en el CMN como intercambio. Los novatos esperaban el sable en posición de “firmes”, con el rostro serio y el mentón en alto. Del otro lado de la alfombra, el familiar o la persona elegida por el cadete para la entrega, sostenía el sable con ambas manos en forma horizontal. Un oficial instructor pronunció desde uno de los micrófonos unas palabras que indicaban que la entrega del sable podía realizarse. Todas las personas entregaban el sable casi al mismo tiempo. Los cadetes, por su parte, lo recibían en forma casi sincronizada, y rápidamente, en un solo movimiento, lo calzaban en el lazo de sus cinturones.

Hasta ese momento los cadetes mantenían en su rostro una expresión seria y aparentemente imperturbable. En los casos de cadetes que recibían el sable por parte de un militar (padre, tío, familiar o allegado), la entrega era seguida por el tradicional saludo militar (la venia), luego por un saludo afectivo (apretón de manos, besos, abrazos) y finalmente por el saludo militar.

Después de calzar el sable en el lazo, los cadetes cambiaban su expresión, sonreían y se abrazaban con su familiar haciendo grandes esfuerzos para no dejarse contagiar por los llantos y la emoción.

Cada entrega de sables, que comprendía alrededor de ocho cadetes, era seguida por un aplauso del público que resonaba en la suntuosidad del Patio de Honor.

Mientras observaba la ceremonia desde el primer piso, oí que las personas que estaban a mi lado hacían comentarios sobre los sables, sobre quienes los entregaban y la emoción que manifestaban. En algunos casos, la emoción de la persona que entregaba el sable (un padre, una madre, un familiar) se expresaba en prolongados abrazos al cadete que amenazaban con alterar la secuencia temporal del ritual.

Mientras observaba la ceremonia, una señora me contó que si bien su hijo ya era cadete de cuarto año, ella siempre asiste a los actos en el CMN porque le “gustan”. También escuché que una persona hacía comentarios sobre el modo en que se saludaban los cadetes que recibían el sable entregado por un militar. Unos jóvenes de no más de 18 años se reían del modo de caminar de los novatos. A mi lado también había un grupo de cadetes que pertenecían al nuevo sistema de reclutamiento del Ejército, a través del cual se incorporan a la carrera de oficial jóvenes, hombres y mujeres, que ya han comenzado o finalizado estudios universitarios fuera del CMN. Ellos observaban a los cadetes en la formación y realizaban comentarios sobre la dificultad de permanecer parado durante tanto tiempo.

—Seguro que alguno se va a desmayar —comentó uno de ellos.

De hecho, al comienzo de la ceremonia un cadete había tenido que salir de la formación porque se sentía mal, algo que es muy frecuente en las formaciones y valorado negativamente por los compañeros y superiores, quienes suelen acusar de “blando” y sancionar al cadete que se “sale de formación”.

Parkin (1992) ha llamado la atención sobre la centralidad que poseen la posición y la orientación espacial de los protagonistas y los asistentes a los rituales, sus movimientos y gestos corporales y la distribución de los espacios físicos. La entrega de sables es un ritual en el que sus principales oficiantes (las autoridades del CMN) se esfuerzan por controlar la movilidad y la ubicación espacial de los asistentes y los protagonistas. La mayor parte de los cadetes y oficiales que participaron en la organización de la ceremonia estuvo abocada a garantizar que las personas se ubicaran en los lugares correctos y se movieran por los espacios según sus indicaciones.

Los novatos, por su parte, debían seguir un estricto código de posturas corporales aprendido a través de las indicaciones verbales de los oficiales instructores y de la imitación y la práctica del desarrollo formal de la ceremonia.

En el mundo militar en general, y en el CMN en particular, todas las ceremonias son practicadas con anticipación, en algunos casos durante varios días. Esta práctica incluye no solo las diversas técnicas corporales que se realizan durante el “desfile” de los cadetes frente a los oficiales superiores o autoridades civiles (los cadetes lo llaman “practicar la pasada”, pero la denominación formal es “orden cerrado”), sino también aspectos en apariencia irrelevantes como el izamiento de la bandera en el mástil

principal (esto requiere una coordinación del movimiento de la bandera con el comienzo y final de la música que ejecuta la banda, además de una correcta postura corporal del cadete que lo realiza). La recepción del sable y su colocación en el lazo que cuelga de la cintura del cadete, por ejemplo, debían efectuarse en una cantidad de movimientos estipulada con anterioridad.

Cuando todos los novatos terminaron de recibir el sable, el locutor anunció:

—Se va a cantar el Himno del Colegio Militar de la Nación.

Los cadetes, nuevamente, cantaron con energía, abriendo sus bocas, levantando el mentón y mirando hacia horizonte tal como les habían enseñado sus oficiales instructores. Después se anunció “el retiro del sable de San Martín” y, luego el de la bandera de guerra, que recibió el aplauso del público. Se repitió el mismo procedimiento del comienzo de la ceremonia, pero en un sentido inverso. Por último, el locutor invitó al público a dirigirse al frente del edificio principal del CMN, por donde desfilarían los cadetes vestidos. Los asistentes a la ceremonia que estaban en las galerías del primer y segundo piso comenzaron a caminar en dirección a las escaleras. Algunos cadetes de tercer y cuarto año indicaban a la gente cuáles eran los lugares por los que estaba permitido descender. La escalera que desemboca en el pasillo por donde se retiraban las principales autoridades militares del CMN y del Ejército (todos los que se encontraban en la tarima) estaba clausurada al paso del público.

Todos se dirigieron a la calle ubicada entre el mástil principal y el edificio central del CMN. Algunos minutos después, comenzaron a pasar desfilando los oficiales del CMN, luego un grupo de cadetes de cada arma con sus respectivos jefes a la cabeza seguidos por los cadetes de primer año que recibieron el sable, y finalmente una tanda de cadetes del arma de caballería, montando a caballo.

La gente aplaudía con fervor. Cuando el desfile terminó el locutor dijo:

—El Colegio Militar de la Nación agradece a la familia que ha acompañado en esta ceremonia e invita a los familiares a la avenida Coronel Justo a reunirse con los cadetes de primer año para saludarlos, hacer un recorrido por las unidades de cada arma y luego retirarse.

Por su parte, los oficiales de la plana mayor y los oficiales superiores invitados recibieron la propuesta por el locutor de pasar “al salón central del Pabellón de

Dirección” en donde, como pude observar luego, había un copetín de empanadas y vino esperándolos.

Luciendo sus nuevos uniformes, los novatos se saludaban con sus familiares en la avenida Coronel Justo. Mientras caminaba entre ellos, observé cómo un hombre que vestía uniforme militar abrazaba a un cadete de primer año, que seguramente era su hijo, y le decía sonriendo:

—¡Qué orgullo!

Anteriormente, mencioné que este ritual conjuga cuatro dimensiones ligadas a actores sociales específicos: los cadetes, sus familiares, el Ejército (los oficiales y las normativas militares) y el público (los asistentes a la ceremonia). Estos actores pueden desplegar *performances* diferentes de acuerdo con los significados que otorgan al ritual; no conforman grupos homogéneos ni poseen la misma jerarquía dentro de la lógica interna del mismo: el Ejército actúa como oficiante central, como la institución que define su marco de interpretación e intenta articular, a través del manejo de símbolos y discursos, del control espacial y temporal de los movimientos y de las orientaciones corporales de los participantes, las cuatro dimensiones mencionadas.

El Ejército es el autor del guión oficial de la ceremonia y el responsable de la regulación de las *performances* de los asistentes. Este guión gira en torno a dos ejes centrales: la regulación espacial y temporal de los movimientos y orientaciones corporales de los asistentes, y la gestión del orden trascendental en el que se inscribe el ritual. Los discursos pronunciados evocan ideas de trascendencia que interpelan a militares y civiles e inscriben el ritual en un tiempo y un espacio mítico: “las glorias de la Nación”, “los sagrados intereses de la Patria”, “la significación divina”.

La mayoría de los cadetes, por su parte, han incorporado los lineamientos generales que exige el guión de los rituales castrenses: control de las emociones individuales y de los movimientos corporales y celebración de las jerarquías, normas y valores del grupo. Los familiares que participan en la entrega del sable también deben adaptar sus *performances* a los requisitos temporales, espaciales y corporales del guión militar. Mientras que los cadetes deben evitar “quebrarse” emocionalmente al recibir el sable que les entrega un familiar o un “ser querido”, estos últimos no pueden prolongar el llanto, la emoción o el abrazo más allá de los límites temporales y espaciales estipulados por las autoridades militares. En este sentido, la situación en la que la persona que

entrega el sable es “padre o familiar” y “militar”, es particularmente interesante, ya que revela en qué medida este ritual demanda para ambos actores (el padre y el cadete) la transformación del sentimiento de apego familiar en uno de lealtad a la institución castrense, es decir, la subordinación de las lealtades y emociones familiares a las relaciones jerárquicas y de camaradería militar. En estos casos el acto de entrega del sable se abre y se cierra con un saludo militar: las emociones ligadas, los lazos familiares, deben expresarse dentro de ese marco temporal y simbólico militar.

El “público”, por su parte, es un actor relativamente heterogéneo que si bien puede sostener y eventualmente expresar en forma interna visiones críticas de algunas características del ritual, también acepta la legitimidad de los oficiantes para imponer su propio guión. Según Abélès (1997: 253), durante los rituales de Estado: “Todo se transforma en algo aceptable porque en ese momento todos quieren creer en lo que está ocurriendo. La paradoja del ritual político es que articula emoción y artificio sin que se sepa muy bien de qué modo nace uno del otro”.

La presencia y manipulación de símbolos que exteriorizan valores comunes generan emociones en la “audiencia” que contribuyen a potenciar la dimensión cognitiva de todo ritual. Como observa Kertzer (1988: 99), “los rituales no sólo excitan, sino que también instruyen”.

Recreación y afirmación política de la “familia militar”

Handelman (1996: V) sostiene que muchos rituales actúan como “moldes” didácticos que ofrecen importantes beneficios pedagógicos para diferentes agentes de socialización. Según este autor, muchos rituales de los Estados-Nación modernos se basan en una “premisa escolar” según la cual los eventos rituales se organizan como aulas de clase en las que se simbolizan y dramatizan diferentes lecciones sobre el orden social. Los rituales como la investidura y entrega de sables pueden entenderse cual reflexiones y dramatizaciones de las formas en que el Ejército concibe y evalúa su relación con el Estado y la sociedad. Desde su incorporación al CMN, los novatos se integran a un entramado de relaciones sociales elaboradas en base al modelo de organización de la familia tradicional.

En el CMN la categoría de “familia” funciona como un principio fundamental de construcción de la realidad social, como una categoría de división y clasificación del

mundo que tiene la capacidad de presentarse como “natural” y, por lo tanto, de transformar en “naturales” las relaciones sociales que instituye y designa (Bourdieu, 1999). El modelo familiar se expresa de diversas formas en la socialización de los novatos: la metáfora del nacimiento, por ejemplo, es esencial para dar sentido a la figura del “bípedo”, modo en que se designa informalmente a los principiantes y evoca a un “ser” definido por una corporalidad aún incompleta, carente de filiaciones y relaciones sociales, de conocimientos y de capacidades técnicas.

Desde sus primeros días de formación en el CMN, cada principiante “pertenece” a uno o dos de los cadetes superiores que dirigen los diferentes grupos en los que se divide la “compañía de primer año”; los cadetes superiores suelen referirse a los novatos como “sus cadetes”. Para un cadete de cuarto año, “tener” un cadete de primer año supone “tratarlo como a un hijo”: tiene que despertarlo a la mañana, preocuparse por su higiene, su salud, su vestimenta, el desarrollo de sus estudios, sus estados de ánimo (averiguar si tiene problemas familiares, afectivos, económicos) y, sobre todo, enseñarle las normas de comportamiento que requieren las relaciones sociales en las que participa un “cadete” dentro y fuera del CMN.

El cadete de cuarto año actúa como un “padre”, preocupado por el “buen encauzamiento” de “sus novatos”. La socialización del novato se desarrolla en el marco relaciones tutelares que combinan el control y la coerción con un trato paternalista que lo priva de autonomía por fuera de su relación con cadetes de años superiores y oficiales instructores. Cada uno de los momentos rituales e interacciones formales e informales que atraviesan los novatos durante sus primeros meses están destinados a instituir este lazo parental y las jerarquías que este supone, como forma legítima y natural de relación social.

El recurso a la metáfora familiar también permite construir simbólicamente un espacio institucional en el que la regulación de las relaciones sociales se piensa no tanto en términos de la abstracción de la norma, la ley o los códigos, sino en función de lealtades obligadas por relaciones de camaradería, parentesco simbólico y reciprocidad.

¿Cuál es el lugar de la familia “real” del cadete en el proceso de construcción de este lazo parental-militar? ¿Cómo es la relación entre los “padres reales” con los “padres militares”? ¿Cuál es el vínculo entre la “familia real” y la “familia militar”? Los discursos institucionales señalan que la familia del cadete está llamada a “colaborar”

con la formación que recibe su hijo en el CMN, a “alentarlo” y “apoyarlo”. En la práctica, esta “colaboración” debe expresarse a través de la subordinación de la familia del cadete a las jerarquías de la “familia militar”.

Esta subordinación se manifiesta en forma clara, por ejemplo, en el modo en que se relacionan los “padres reales” y los “padres militares” el primer día de ingreso de los jóvenes al CMN, cuando estos son todavía “civiles”, y en el momento de la ceremonia de investidura, cuando reciben formalmente el uniforme militar. El primer instante se trata de un encuentro entre padres y militares, en el que ambos se sitúan en la misma jerarquía: es el director o el subdirector quien recibe a los padres y les ofrece una charla; se trata de un diálogo entre “padres” y, de algún modo, entre “pares”. Esta relación de relativa equivalencia de estatus se modifica cuando el novato ya se ha incorporado formalmente al CMN y ha adquirido el uniforme y la condición de “cadete”: a partir de ese momento se genera una distancia jerárquica entre los oficiales del CMN y la familia del mismo.

Esto fue particularmente evidente el día de la investidura, cuando al finalizar el acto los familiares de los cadetes, que habían participado de la ceremonia siguiendo las instrucciones que les habían asignado los oficiales, fueron invitados por el locutor del CMN a reunirse con sus hijos “y luego a retirarse”, mientras que los oficiales superiores y los de la plana mayor del Ejército eran invitados a compartir un copetín en un salón especial. Los “padres reales” de los cadetes habían sido investidos simbólicamente con el grado militar de sus hijos e incorporados con ese estatus jerárquico a la filiación patrilínea de la “familia militar”, una familia a la cual los “padres reales” pueden incorporarse solo a condición de subordinarse a las relaciones de mando y obediencia que imprime la jerarquía militar a las relaciones sociales.

El modelo de familia que instituye y recrea el ritual de entrega de sables posee una fuerte efectividad simbólica puesto que ofrece un marco de sentido moral y normativo para crear una “unidad en la experiencia” entre los participantes de la ceremonia. A su vez, este modelo de organización social, que remite a roles y posiciones bien establecidas, permite combatir la fragmentación y ambigüedad de sentido que caracteriza actualmente a las prácticas rituales del CMN, y construir una idea de “comunidad militar” bajo el sentido unificador de la imagen de familia. El Ejército aparece así como una comunidad moral basada en la defensa de valores colectivos

centrales a la reproducción social. Como indica Lenoir (1985: 47), los actores sociales que fundan sus prácticas en el “*familialismo*”, se benefician de esa suerte de rédito ideológico que está asociado a las prácticas orientadas a la defensa de la integración, el consenso y la solidaridad social, que siempre están ligadas a la idea de “resguardo de la familia”. En efecto, es a través de la familia que se manifiesta esta filosofía social que otorga preferencia a las formas que adquieren las relaciones sociales en los vínculos de parentesco (esa suerte de fraternidad calurosa sin límites que podríamos denominar como “comunitaria”) antes que las formas de las relaciones económicas fundadas en el cálculo y los derechos.

El ritual no sólo es un recurso para celebrar o consolidar la cohesión social, sino también para expresar aspiraciones de cambio. Bauman (1992) considera que los rituales pueden “implicar a otros” que no están presentes físicamente pero aparecen como “categoría de referencia” del ritual, como los “otros” a los cuales este también se dirige. La ceremonia de investidura y de entrega de sables puede comprenderse como un ritual que, al tiempo que instituye una “comunidad” sustentada en las jerarquías y la distribución de roles comprendidos en la metáfora familiar, también transmite hacia un “afuera” integrado por “otros” diversos (el Estado, los medios de comunicación, los partidos políticos, las empresas, los sindicatos, los ciudadanos, etc.) sus aspiraciones de que esa “comunidad” (la “familia militar”) sea percibida como un modelo de sociedad posible.

La ceremonia de investidura y entrega de sables también fue una dramatización del modo en que las autoridades militares conciben su vínculo con la sociedad argentina. Los familiares de los cadetes investidos fueron interpelados por la autoridad militar en tanto representantes de la “sociedad argentina”, lo cual indica la pretensión de los oficiantes de insertar el ritual de investidura en el plano de las interacciones entre Ejército y sociedad, y en el de los valores y símbolos colectivos. La ceremonia puso en escena una concepción de las relaciones sociales en la cual el Ejército ocupa el rol de tutor paternalista de los comportamientos del conjunto de las personas. En el contexto actual de secularización de la institución militar, estas ideas e imágenes inspiradas en el modelo de organización familiar tradicional representan uno de los pocos recursos simbólicos y conceptuales que posee el Ejército para, en cierta medida, combatir la

fragmentación de sentidos y transmitir a sus nuevos integrantes sentidos unificadores sobre la identidad militar.

Al igual que los desfiles de Isabel II analizados por Geertz (1998), las autoridades militares apuntan a transformar la ceremonia de investidura en la dramatización de una idea moral: la imagen del Ejército como “reserva moral” y padre tutor de la sociedad argentina, y la de los cadetes como ciudadanos calificados, abocados a “velar los sagrados intereses de la Patria”. Estas ideas constituyen el marco interpretativo y el sustento ideológico general sobre el cual se basa este ritual militar, y en referencia al cual se legitiman sus acciones. En cierta medida, la ceremonia que observé en 2003 conservaba un aspecto central de los rituales de investidura que se han desarrollado en el CMN durante más de medio siglo: se trata de rituales de afirmación política destinados a instituir y consagrar identidades moralmente diferentes del común de los ciudadanos, a investir nuevos sujetos políticos llamados a gobernar o a ejercer la tutela paternal del conjunto de la sociedad.

Bibliografía:

ABÉLÈS, Marc [dir.], (1997): *Anthropologie du politique*, París, Armand Colin.

----- (1992): “Vers une anthropologie des institutions”, en *L’Homme*.

BAUMAN, G. (1992): “Rituals implies others”, en DECCOPET, Daniel [dir.], *Understanding Rituals*, Londres, Routledge.

BELLIER, Irène (1997): “Une approche anthropologique de la culture des institutions”, en ABÉLÈS, Marc [dir.], *Anthropologie du politique*, París, Armand Colin.

BERGER, Peter (1981): *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona, Cairos.

DESCOMBES, Vincent (1996): *Les institutions du sens*, París, Minuit.

DIAMINT, Rut [dir.] (1999): *Control civil y fuerzas armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Nuevohacer.

DOUGLAS, Mary (1973): *Pureza y peligro*, Madrid, Siglo XXI.

DURKHEIM, Émile (1998): *De la division du travail social*, París, PUF.

GEERTZ, Clifford (1998): *Conocimiento local*, Buenos Aires, Paidós.

HOWELL, Signe [dir.] (1997): *The Ethnography of Moralities*, Londres, Routledge.

KERTZER, David (1988): *Ritual, Politics, and Power*, Yale, Yale University Press.

- LENOIR, Remi (1985): “*Transformations du familialisme et reconversions morales*”, en: *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n° 59. setiembre de 1985,
- PARKIN, R. (1992): “*Ritual as spatial direction and bodily division*”, en DECCOPET, Daniel [dir.]: *Understanding Rituals*, Londres, Routledge.
- PASSERINI, Luisa (1996): “La juventud, metáfora del cambio social”, en AA.VV. (1996): *Historia de los jóvenes II. La edad contemporánea*, Madrid, Taurus.
- PION-BERLÍN, David (1996): “Autonomía militar y democracias emergentes en América del Sur”, en: PION-BERLÍN, David y LÓPEZ, Ernesto, *Democracia y cuestión militar*, Quilmes: UNQ.